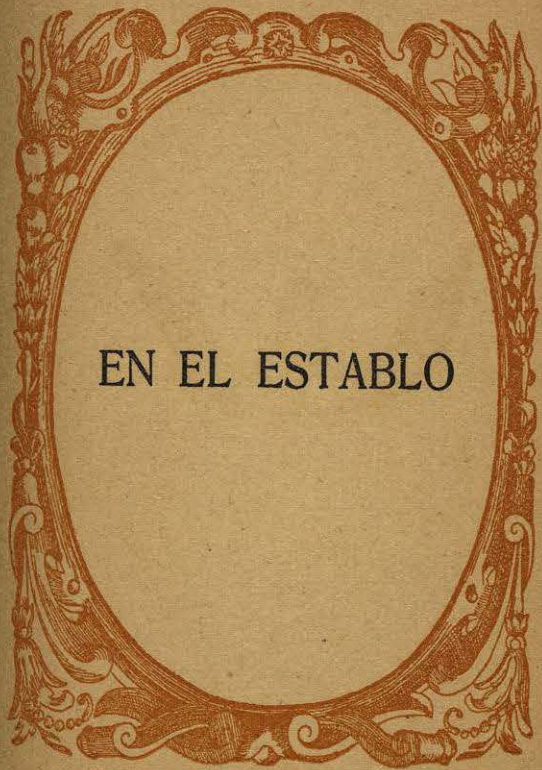




EN EL ESTABLO





EN EL ESTABLO

No lejos del establo, en la vereda sur que va camino de la hacienda, más que andaba, corría José Antonio, el de la cabellera sucia y lacia, el de los trapos en desbarajuste siempre y no limpios los más días, el muchacho fuerte y aguantador para el *tajo* y sin rival en el establo para ordeñar más pronto, acarrear el silo, cuidar las vacas en los malos partos, y el más *templado* en todos esos fregados relativos al esquilmo lechero de la finca.

Allá, cuesta arriba, por la loma del Talayote, corre que te corre iba José Antonio, con la cabeza gacha, mirando el suelo, moviendo un brazo

al compás de su trotecito monótono, sudando mucho, no pensando sino en llegar pronto porque así lo mandó el amo, y sosteniendo con la diestra el encargo que traía de San Bartolo. Caminaba tan alelado y zonzó, que ni siquiera acertó a echar un vistazo por su casa, que lo vio nacer, porque José Antonio, «el de las vacas», nació en el establo, y allí vivía con su Josefa y sus dos chicos.

Se perdía el buen hombre por la cuesta abajo de la loma, cuando se acordó de Refugio, del más querido de sus hijos, y volvió grupas hasta la punta: allí se detuvo no más para mirar su casa, y entonces sí pensó y sintió, y se estremeció de felicidad el buenazo de José Antonio. Porque él no sabía más que dos cosas: obedecer al amo y amar a los suyos. Ah, porque ¡eso sí!, aquel jornalero robusto de cuerpo y raquítrico de meollo tenía dos cuidados, dos cariños más grandes que el *Cerro* y eran: el de su mujer y sus hijos, uno; el de su ganado, otro. Por eso al arrojar su vista por aquel lugar respiró tan fuerte, y por eso su cara sucia y fea se animó tanto y latió tan fuerte su corazón.

Entre aquellas cuatro largas paredes, bajo su techo de teja, en aquella atmósfera de estiércol, orines y caña de maíz en conserva, en aquel es-

tablo estaba su vida entera; allí nació, allí vivía, allí quería morir José Antonio con sus cachorros del alma, con su Josefa, con sus vacas y becerros, los compañeros de Rosarillo y de Refugio; allí quería seguir mirando a sus hijos jugar con las crías, mirando a mañana y tarde, muchas ubres, mucha leche y oyendo a intervalos el mugir del ganado, el rechinar de las carretillas y las canciones de su Josefa.

Y al pensar en su mujer el vaquero sonrió sin dejar de ver para el establo, y así, sonriendo, sonriendo, se quedó largo rato enclavado en la cresta de la loma, con los brazos caídos y los cabellos húmedos, dejando resbalar por su mugriento rostro las gotas de sudor medio parduzcas, y con un saltar de corazón que levantaba su camisa.

¿Qué pensó? Dios lo sabe y él también. Sólo sé que después de sonreír inconscientemente, su cara se puso seria primero, fosca después; sólo sé que arrugó el entrecejo hasta hacer un bodoque arriba de la nariz; sólo sé que se quitó el sombrero, sacudió la engreñada testa y arrojó de su pecho un hondo suspiro, mitad lloro, que en el espacio no fué nada y en aquel muchacho fué un dolor inmenso, porque significó una duda malsana.

José Antonio no era dueño de su tranquilidad;

penaba a ratos sin decirlo; sentía cosas feas que disipaba gracias al ir y venir de su trabajo. Era que Josefa en pocos días *le alzó la voz* tres ocasiones, y ya dos veces le había dicho con desprecio que era *chongo* y bruto. ¿Por qué? No lo sabía José Antonio y por eso estaba triste.

Iba aquí en sus pensamientos cuando recordó lo más doloroso e injusto.

Aquel sábado que fueron los dos *a rayar* a la hacienda, halló a su mujer de palique con Refugio el carrero, soltando estrepitosas carcajadas, y notó que los peones murmuraron y le vieron al soslayo. — Y no es que sospeche de ti, Josefa, le dijo, no señor, ni lo quiera María Santísima; pero esos son malos, no me quieren porque el amo me hace preferencias, y se juntan *pa* reirse y echan habladas de ti, de Refugio y de mí, y quién sabe qué andan contando; pero no es bueno, Josefa, no es bueno, y por *chanciarte* con Refugio tú tienes la culpa.

Y sucedió aquel sábado *de raya*, allí en la era, junto al granero, que Josefa, apenas oyó el *reclamo*, se encaró con su hombre, le insultó, le dijo maldiciones y denuestos, acabando por pegarle una *guantada* que José Antonio no sintió en el cuerpo, pero que malhirió toda su alma.



¿Por qué entonces no la volvió sus malas palabras, por qué no la dió de golpes para pagarle el ultraje y domeñar su rebeldía? Por ser hombre y ella mujer; por ser la madre de sus hijos y por quererla tanto como la quería.

No deseando evocar más remembranzas como aquellas que le enturbiaban los ojos, dejó de mi-

rar para el establo, se animó su silueta rígida, esfumada en el ocaso, dió media vuelta, se caló el sombrero, apretó los párpados para exprimir el incipiente llanto, y pensando en el encargo y en el amo, «sacudió de su mente la tristeza», prosiguió su interrumpido trotecito, igual y monótono, camino de la casa, cabizbajo y queriendo olvidar sus añoranzas.

Siguió la cuesta abajo, y ya topaba con el puente de la barranca, cuando dió en voltear a la derecha, para el camino real donde movíase lentamente el carro de la leche que iba del establo al Salto con la ordeña de la tarde. ¿Y Refugio? . . . El carro se precipitaba derecho a la barranca sin su carrero. Extrañóle tanto y tan justamente aquello, que, a pesar de la prisa que le empujaba a otro lado, apretó el paso, llegó al carro, paró las mulas que ya daban con el precipicio y . . . ¡poco susto llevó José Antonio al cerciorarse de que Refugio no iba allí!

Se habrá quedado dormido en el establo o se habrá emborrachado y lastimado, pensó el vaquero, y trepó en el carro, arreó las mulas virando en redondo, gritándoles mucho y chicoteando de lo lindo por lomos y panzas, y se fué acercando muy despacio al establo, pues no fué poco el trabajillo

que se echó auestas, reculando el tiro aquel, cuando se dirigía camino del pesebre y halando, como halaba de varas, aquel macho retinto que era *rejego como él solo*. Pero chicotazo va y chicotazo viene, y «arre mula» a ésta, e interjecciones a aquélla, llegó al jacal frontero al establo, paró el carro, amarró las riendas en el mismo, y, más con miedo de hallar mal herido a Refugio que con la esperanza de verlo revolcado, voló más que corrió al establo, de paso para la zanja pegada a la vega de San Isidro.

José Antonio no llamó a Refugio, ni gritó a su mujer, ni al caporal, ni al *colero*, que estaría «echando pasturas»: llegó con el silencio del temor, con la violencia del que se retarda y con el interés del que va a conocer algo nuevo. Paró en el zaguán de entrada, a cuatro pasos de su habitación, que no era sino el cuarto único construído a guisa de portería; se llenó de aire los pulmones para hablar a su Josefa, e iba a hacerlo, cuando oyó ruido, un ruido extraño, vibrante, mitad chasquido, mitad murmullo, que nació en su cuarto y murió en sus oídos de un modo extraño y horrible. Cambió de aspecto instantáneamente, su silencio intranquilo se transformó en enmudecimiento trágico; clavó sus miradas en la puerta de

su casa, y escuchó en pocos segundos el ruido aquel, dos, tres, cuatro veces, y fueron dos, tres, cuatro besos sonoros, delirantes, convulsivos. . . Y salían de allí, de su hogar salían cruelmente aquellos besos, del hogar de su Josefa y de sus hijos.

José Antonio se volvía loco, idiota; se trastornó hasta no saber qué pensar, ni qué sentir, ni cómo obrar. Miró a todos los vientos maquinalmente, arrojó lejos de sí el sombrero, estrujóse el pecho con coraje, y abalanzándose contra la puerta, la abofeteó desesperadamente hasta abrirla de par en par.

Todo fué obra momentánea.

Un chorro de luz desparramado en el lecho de Josefa y José Antonio, rebotó al rostro del infeliz, enseñándole su deshonra. . . Josefa y Refugio estaban juntos, donde nacieron Refugio y Rosarillo. . .

Allí quedó en la puerta de su hogar, de pie ante los adúlteros, aturdido por la sorpresa, con un profundo terror y un odio inmenso. Después le ocurrió levantar el sombrero de Refugio, para probar el delito, y se fué corriendo por la vereda del Talayote camino de la hacienda. Huyó del establo, llevando el corazón maltrecho, el cuerpo tembloroso y el cerebro obcecado por la punzadora idea de su deshonra.

¡Pobre hombre! Allá trotaba, subiendo y bajando las lomas, que siempre había pisado sin llevar en el alma desesperaciones como entonces, que antes de esa ocasión jamás regó con su llanto, y que en aquella tarde airosa y fría le parecieron grandes, más grandes que otras veces y más secas y más tristes que anteriores inviernos.

¡Qué solo y desamparado iba José Antonio, pensando y corriendo por esos campos alfombrados de pasto muerto y azotados por el viento, mugidor y frío, que helaba su mal abrigado cuerpo! Corría sin dar tregua a su pecho, que no cesaba de lanzar gemidos al viento que los mataba, ni descanso a sus piernas, que más por inercia que por nacientes impulsos, movíanse acompasada y constantemente.

Cuando llegó a la carretera sudaba a mares, y sin premeditarlo ni quererlo, y sí por imperio de la necesidad, se paró para restregar su faz, sacudir la testa, dar aire a sus pulmones y descanso, momentáneo siquiera, a su mal traído cuerpo. En seguida, siguió loma abajo, no ya trotando, sino corriendo al empuje de la pendiente, y en poco tiempo llegó al terraplén de la presa, que bien pronto dejó a la grupa, hallándose al fin, al doblar una esquina de la casa, en la entrada de ésta:

zaguán enorme como de hacienda, y que con ser tan grande apenas si daba cabida a lo inmenso de sus desventuras. Y llegó a cumplir con su deber primero, poniendo en manos del amo el encargo, y a la postre con su conciencia, acusando ante el juez auxiliar a su mujer y a Refugio, «porque los halló juntos».

Al otro día, muy de madrugada, todos: autoridad, quejoso y acusados, fueron a parar al juzgado del pueblo, donde no resultó ni podía resultar nada bueno, dado que el juez era tonto, iletrado y presuntuoso, y a mayor abundamiento, hombre muy ocupado en otros andurriales diversos, con mucho de aquello de sentenciar con justicia y avenir con tino, como eran el cuidado de su hacienda constante en trigales y magueyeras más productivas que todos esos asuntos relativos a lo equitativo, y, por consiguiente, más dignos de sus cuidados.

En el juzgado se habló mucho, se discutió en todos los tonos, se hicieron mil conjeturas, hubo acusaciones que degeneraron en insultos, defensas que no eran tales por lo pueriles; recuerdos, citas, interpelaciones, gritos, manoteos, y lo que atañe, en fin, a delitos fragantes y trascendentales como estos de achaques de honor. De todo lo

cual se vino al cabo: que Josefa era adúltera, que su cómplice era Refugio, que los dos se querían, que sus amores ilícitos venían de lejos, que todos los peones acasillados y de fuera lo sabían y comentaban, los menos compadeciendo y los más zahiriendo a José Antonio, y, por último, lo más grave, indecente y digno de severo castigo para ejemplos de menguados: que Refugio, el último de los vástagos, no era hijo de José Antonio, sino de Refugio el carrero, por lo que llevaba el nombre que llevaba.

La sentencia fué injusta y cruel: no podía ser de otra suerte, siendo quien era la autoridad juzgadora. A Refugio le ordenó se separara de la finca, y a Josefa y a José Antonio les impuso la obligación de seguir viviendo juntos, «porque es la única manera de evitar *quihaiga* chismes en el Salto».

La orden fué cumplida. Los esposos regresaron al establo a seguir viviendo juntos.

El vaquero tomó la delantera con Rosarillo; alejóse pronto de su mujer, que siguió el camino real, mientras él se dirigía por la vereda del Magueyal, que si era más larga y tortuosa, era más sola y triste que el camino, por lo que fué más de su gusto en circunstancias como las suyas, sin

contar con la inclinación que tuvo siempre por caminar de cuando en vez entre los pinares, encinos y madroños del monte, teniendo a un lado las altas peñas del desfiladero con su majestad imponente, y al otro el regato murmurador, cristalino y coquetuelo, que serpenteaba entre piedras lustrosas y breñales tupidos, arrastrando las hojas secas, besando a trechos los pies del caminante y el musgo del pedregal con sus aguas hechas espuma, y a todas horas con su murmullo que prodigaba risas y acariciaba siempre...

Dejó atrás monte, maguquera, milpas, casona de la finca, presa y toriles, y después de tanto andar, constantemente viendo una loma y al transponerla otra y otra, se halló, al fin, en la del Talayote, donde el día anterior, y enclavado en la punta, había sonreído pensando en su Josefa.

Pero ya no como entonces le pareció aquel paisaje hermoso y querido: el verde de los maizales le pareció más oscuro, el *Cerro* más azul, casi negro; el potrero más grande; más áridas las lomas; más silencioso el jacal y el establo sombrío, abandonado y triste...

Y cómo no parecerle si al llegar al patio había pasado por la puerta de su hogar antes honrado, y al que no entraría más con la frente levantada,

el corazón dichoso y la sonrisa en los labios; cómo no parecerle si estaba solo entre aquellas cuatro largas paredes, sin oír el mugir del ganado, las risotadas de los peones, el rechinar de las carretillas y las canciones de su Josefa, y cómo no sentirse, en fin, lleno de vergüenza y pena al pensar, en medio de aquel cuadro evocador de ternuras y dichas pasadas, que todo había cambiado, que todo se iba, que todo había muerto...

Lloró José Antonio pensando en aquello que venía a poner delante de sus ojos un porvenir humillante y doloroso, y en el que no tendría más distracción que el trajín constante del establo, ni más consuelo que el triste y tierno del amor de Rosarillo.

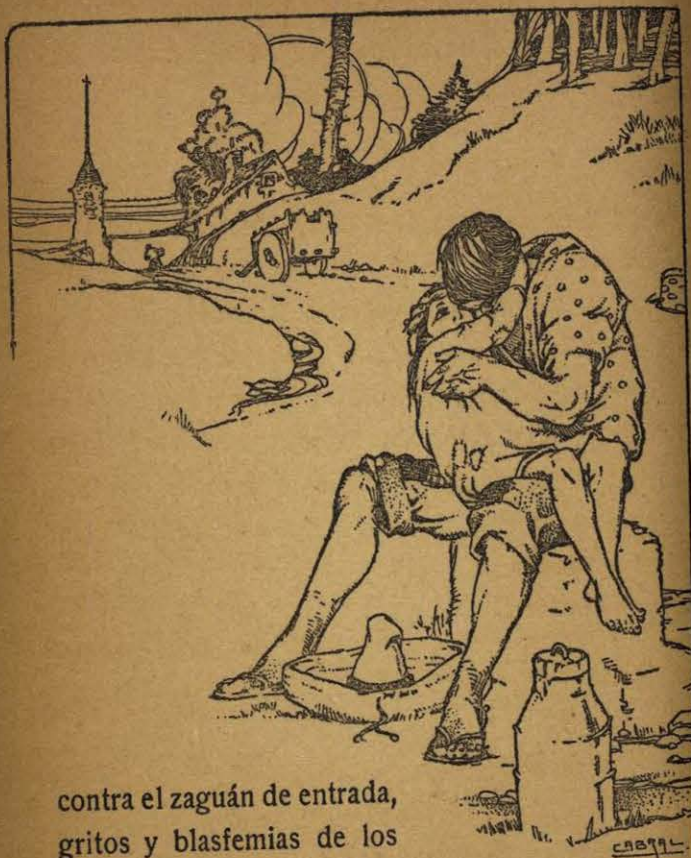
Alzó a su hija buscando sus ojos negros, y empujando de llanto su carita, le dijo:

—¿Quién es tu papá, Rosarito?

—Pues tú, papá, dijo la niña.

—Sí, tú sí, tú sí eres mía, tú sí eres mi hija, dijo el padre entre sollozos.

Después oyó rechinar las puertas del establo, el mugir de las vacas buscando a sus hijos, los balidos de éstos impacientes y hambrientos, aglomerados a las trancas del chiquero; a poco, pisadas secas y menudas, choque de pesados cuerpos



contra el zaguán de entrada, gritos y blasfemias de los arriadores, y, al fin, contempló extasiado la irrupción encantadora de vacas que llenaron de alegría los patios del establo.

Era la hora de la ordeña.

El vaquero sacó fuerzas de flaqueza, limpió el llanto de su cara con las mangas de la camisa, pa-

rapetó a Rosario donde pudiera verla, cogió el tarro lechero, descubrióse la cabeza, suspiró desde muy hondo, y comenzó a ordeñar...



Mientras Josefa, la mala hembra, tornaba a las puertas de su casa, sin arrepentimiento ni temores, José Antonio, confundido entre el ganado, alzaba a intervalos su cara, arriba de los lomos de las vacas para ver a Rosarillo, y ordeñando, ordeñando, dejaba resbalar de sus ojos el símbolo de su desdicha eterna en forma de lágrimas, que iban cayendo poco a poco en el tarro de la leche blanca y espumante... (1).

(1) Primer premio en el concurso de cuentos regionales de *El Mundo Ilustrado*, 1906, México.

